

nocieron, pues no quiero cansar al fatigado lector con repetidos testimonios de lo que ya sabe; sólo citaré un párrafo de la carta que el Rdo. P. Pablo Valier, de nuestra Congregación, antiguo Visitador de nuestras Casas en la República de Chile, escribió el 11 de Julio de 1880, por los curiosos datos que contiene. "Asegúrame, — dice, — la Madre Enriqueta Purroy, que durante el tiempo que nuestro Padre estuvo en Cuba se hallaba en la ciudad de la Habana, ser allí voz común entre las personas de verdadera piedad que el Arzobispo era santo, que se admiraban de la heroicidad de sus virtudes, y que tenían cierta complacencia y satisfacción en conocer á uno de esos hombres extraordinarios que Dios no envía sino de tiempo en tiempo á su Iglesia. Diceme que cuando el Padre Rector de la Compañía predicaba á las niñas del Colegio donde se encontraba esta religiosa, proponía á nuestro Padre como modelo de virtud, le comparaba con San Carlos Borromeo y les decía que habían conocido un santo que la Iglesia llegaría á canonizar. Esta misma religiosa me dijo una vez que se decía de público que el Sr. Arzobispo contenía los temblores de tierra aplicando al suelo su mano. El P. Francisco Javier Hernández, de la Compañía de Jesús, en su monumental colección de Bulas, Breves, etc., pertenecientes á la América, pone la serie de todos los Prelados de esta parte del mundo. He leído varios de sus catálogos, y aunque distingue con elogios de virtud á algunos Prelados, en lo que es muy parco, sólo tras del nombre de nuestro querido Padre añade: *Murió en olor de santidad.* „

Tres Padres jesuitas del Colegio de la Habana, donde, como se verá, estuvo el Sr. Claret, con fecha 27 de Noviembre de 1880 escribieron lo que sigue: "El Rdo. Padre Visitador Juan Nepomuceno Lobo, sabiendo que este Colegio poseía algunos objetos que pertenecieron al difunto Sr. Claret, dispuso se conservasen con sumo cuidado en la esperanza de que un día serán reliquias de un Santo. „



CAPÍTULO X

CÓMO FUÉ LLAMADO EL SEÑOR CLARET Á ESPAÑA, Y DE SU VIAJE Á LA PENÍNSULA

1. Predice su llamamiento á Madrid.—Visita á Baracoa.—Última Misión del Siervo de Dios en Cuba.—La Reina le llama á Madrid.—Conjeturas que se hicieron sobre el fin de este llamamiento.—2. Sale de Santiago y se detiene en la Habana.—Cómo aprovechó el tiempo en esta capital.—Cura con su bendición á un moribundo.—Tranquiliza en pocas palabras á un alma que hacía años padecía muchos escrúpulos.—Encuentro providencial con el que había atentado contra su vida.—Ejemplos de humildad que dió en el Colegio de los jesuitas de la Habana.—Testimonios de afecto que dió al Siervo de Dios la ciudad de la Habana.—3. Se embarca en el vapor *Pizarro* para la Península.—Vaivenes de la navegación y pruebas de amor y respeto que recibió durante ella.—Llega á Cádiz, y recepción cariñosa que le dispensó el Ilmo. Arbolí.—Pide éste al Siervo de Dios unos Apuntes sobre los deberes del Prelado, y elogios que hizo de ellos.—Llegada del P. Claret á Madrid.

1. Algunos meses después de haber recibido la respuesta del Sumo Pontífice Pío IX, en que le decía ser su voluntad que continuase en el Arzobispado, á no ser que estuviera en peligro su vida, el Siervo de Dios, que por divina revelación sabía ya lo que dentro de poco había de acaecer, resolvió continuar con la carga hasta que el Señor dispusiese lo contrario. Así, pues, restablecido completamente de sus heridas, á mediados de Febrero de 1857 emprendió la santa visita pastoral de la jurisdicción de Baracoa, que era un punto en el que había estado una vez menos que en las demás partes de su diócesis. Antes de partir dijo á sus familiares: "Voy á hacer esta visita, porque de no ir pronto tendré que dejarla sin hacer „; y luego, dirigiéndose á D. Dionisio González, su nuevo Provisor, á quien acababa de nombrar Gobernador eclesiástico para mientras durase aquella ausencia, añadió con una sonrisa dulce y significativa: "Entérese Ud. bien de los asuntos del Gobierno,

porque podrá convenirle estar enterado. Ninguno de los presentes supo por entonces explicarse ni éstas ni las anteriores palabras, pues nada absolutamente hacía prevér ni lo uno ni lo otro que en las citadas expresiones se contenía, aunque bien las comprendieron poco después, cuando los sucesos vinieron á aclararlas. Mas no se crea que el Siervo de Dios las refirió á los deseos que tenía de padecer martirio, y que por lo referido en el capítulo anterior podían acaso muy pronto cumplirse; pues sus enemigos andaban en Cuba, ahora más que nunca, poniéndole asechanzas, porque ya mucho antes él había declarado más en particular lo que había de ser en una carta dirigida al Padre Superior de nuestra Casa-misión de Vich, el reverendo P. Esteban Sala, en la cual se leen estas textuales palabras: "Tengo un presentimiento de que me llamarán á Madrid."

La visita á Baracoa fué felicísima y muy fructuosa para todos sus habitantes, aunque al Siervo de Dios se le desarrolló de tal suerte una inflamación que tenía en los ojos, que apenas podía ver. Mas no por esto suspendió las tareas del confesonario, de la predicación y de responder verbalmente á las muchas consultas que le hacían. Vuelto á Santiago al mes siguiente, que era el de Marzo, comenzó, con motivo de la Cuaresma, á predicar una Misión en la iglesia de San Francisco. Nadie sospechaba que aquélla hubiese de ser la última Misión dada por el santo Arzobispo en Cuba, y que ni siquiera podría terminarla.

El día 18 del indicado mes, mientras S. E. I. se hallaba en la dicha iglesia predicando, recibió á mano una esquela, que guardó para leerla después. Terminada la función se dirigió inmediatamente á su Palacio arzobispal, acompañado, como de costumbre, por los canónigos, y después de haber conversado un rato amigablemente con ellos, se despidieron; pero el señor Claret hizo detener á su Provisor D. Dionisio González, á quien, después de introducirle en su gabinete, entregó la esquela, diciendo: "Hágame Ud. el favor de leer esa esquela, que han traído mientras estábamos en el sermón, porque yo con dificultad la leería." Era ésta del comandante de Santiago, señor Vargas, é iba acompañada de otra del Capitán general, Sr. Concha, que en substancia decía: "S. M. la Reina desea que V. E. pase inmediatamente á Madrid. Creo que será para

hacerle Arzobispo de Toledo. Mañana le enviaré la orden y pondré un buque á su disposición."

Grande fué la sorpresa, tanto del Arzobispo como de sus familiares, al saber lo contenido en la esquela, bien que el primero, como había tenido revelación del Señor de que no permanecería en Cuba más allá de seis años, y aun de que sería llamado á Madrid, como ahora se estaba verificando, no tanto se maravilló del llamamiento cuanto del extraño silencio que en la esquela se guardaba acerca del fin ú objeto para que era llamado. Ni el mismo Capitán general lo sabía, como se traslucía bien por la misma esquela; las conjeturas hechas por el Sr. Concha de que el fin era hacerle Arzobispo de Toledo, suponían la muerte del cardenal Bonel y Orbe, que ocupaba aquella Silla, y por este medio tan indirecto fué como el Siervo de Dios tuvo la primera noticia del fallecimiento de tan esclarecido Purpurado. Las sospechas, empero, del Capitán general no tenían otro fundamento que el afecto que suponía tener la Reina al P. Claret por la fama de su apostólico celo, del que tenía informes muy favorables de las autoridades de la Isla. Por lo demás, claro es que si la llamada hubiese tenido semejante objeto, no se hubiera verificado por lo menos antes de que el interesado hubiera manifestado su consentimiento para la promoción, según es práctica hacerlo, y aun quizá hasta después de haber recibido las Bulas apostólicas. No obstante, aunque por este lado fueran infundadas las conjeturas del Sr. Concha, consta por otros conductos que S. M. le había presentado para la Silla de Toledo, pero desistió en vista de la oposición del Gobierno, que se apresuró á llamar al Padre Cirilo Alameda, Arzobispo de Burgos, para tan elevado puesto (1). El P. Claret pensó por un momento si sería para reprehenderle por su empeño en mejorar las costumbres y las leyes de Indias, y otros hicieron otras suposiciones, casi todas

(1) Que la Reina pretendió hacer al P. Claret Arzobispo de Toledo, es indudable. He visto una carta del Siervo de Dios, en que él mismo lo asegura, y he aquí en qué términos: "S. M. quería que fuese Arzobispo de Toledo; pero, gracias á Dios, me he escapado. Dios quiera que me pueda escapar de todos los demás puntos; mi intención es de ser Arzobispo *in partibus*, y así estaré más libre para mis planes, que son de fijarme en una casa, en que viviré con algunos compañeros sacerdotes para dedicarnos enteramente á las Misiones y ejercicios espirituales por toda España." (Carta del Siervo de Dios á D. Antonio Barjau, 5 de Junio de 1857.)

muy favorables al Siervo de Dios. No faltó entre sus familiares quien, después de haberse enterado que el Emmo. Sr. Bonel y Orbe desempeñaba además en vida el cargo de confesor de S. M., juzgase con más acierto que acaso la Reina le llamaba para ejercer tan difícil cargo; pero así y todo, no dejaba de ser pura sospecha, y la incertidumbre era la misma.

La situación del P. Claret en este trance era en verdad angustiosa. Hacíasele muy cuesta arriba ir á la corte de España, y más con el temor de que se le empleara en ella. Sus inclinaciones nada tenían de cortesanas y palaciegas, y sería para él un verdadero martirio el tener que pasar las horas en lo que otros tienen á honra y ambicionan desmedidamente. A esto se juntaba el sentimiento de abandonar las muchas obras que para la gloria de Dios tenía comenzadas en Cuba, y que empezaban ya á dar felices resultados. Mas como su intento principal era hacer en todas las cosas la voluntad de Dios, pidió parecer á su director espiritual sobre el modo como había de responder á las súplicas de la Reina. La respuesta, le dijo aquél, ha de ser ir á Madrid, porque las súplicas de los Reyes son como preceptos, pues el desatenderlas ó no hacer caso de las mismas podría traer graves perjuicios á la Iglesia.„

— Basta, — respondió el P. Claret; quien resuelto á verificarlo sin atender á sus afecciones y deseos, pasó inmediatamente á proveer los oficios eclesiásticos de la diócesis para que con su ausencia no se entorpeciesen los negocios. Nombró Gobernador eclesiástico á D. Dionisio González, y puestas en orden todas las cosas, deseaba partir ya al día siguiente; mas los familiares, aunque con gran trabajo, le detuvieron cuatro días más para que hubiera tiempo para hacerle una sotana y capa nuevas, de que tenía absoluta necesidad, pues la que llevaba no era ya decente, de vieja y remendada.

2. El día 22 se embarcó para la Habana en el vapor correo que salía para Cádiz. La ciudad entera de Santiago bajó á despedirle al puerto con interminables demostraciones de sentimiento por temor de que ya no tornarían á ver más á su buen Prelado. Sus familiares de un modo especial experimentaron una profunda tristeza en tener que separarse de él, y deseaban acompañarle; pero era tal el respeto y la obediencia con que cumplían sus insinuaciones, que permanecieron todos en sus respectivos puestos, acatando los deseos de S. E., quien al

partir, dirigiéndose de una manera especial á D. Antonio Barjau y al P. Galdácano, les suplicó continuaran al frente del Seminario hasta que fuese allí su sucesor en el Arzobispado. Seis días tardaron en llegar á la Habana, pues el vapor *Cuba*, en que iba, se vió forzado, á causa de las frecuentes lluvias, á detenerse en los puertos de Baracoa, Gibara y Nuevitas. Por fin, el 28, á las once de la mañana, arribaron felizmente á la capital de la Isla, en donde también hubo de aguardar algunos días mientras llegaba el buque en que había de ir á la Península. Se hospedó durante una semana en el Colegio de los Padres jesuitas, los cuales recibieron con ello un gran consuelo por poder contemplar de cerca los virtuosos ejemplos de tan santo Prelado.

Durante los catorce ó quince días que permaneció en la Habana no estuvo ocioso un solo instante; predicó todos los días la palabra de Dios en los diferentes templos de la ciudad, con asistencia de innumerable concurso que le oía con religiosísimo silencio; oyó en confesión á las personas más principales de la población; dió la primera comunión á la hija del Capitán general, la actual y virtuosísima marquesa de Tavara, á la que acompañó su buena madre en tan celestial convite, y respondió á las muchas consultas que le hicieron personas de todas jerarquías (1). También merecen notarse algunas cosas extraordinarias que en este breve tiempo le acaecieron y que llenaron de asombro á los que de ellas fueron testigos. Primeramente es digno de considerarse el hecho que se refiere en una carta firmada por tres Padres jesuitas del Colegio de la Habana, que se hallaban ya en él cuando el P. Claret pasó por allí en dirección á España. “Hallándose, — escriben, — el excelentísimo Sr. Claret en este Colegio de Belén en 1857, como al colocarse el monumento el Martes Santo se hubiese caído de cabeza un mozo desde lo alto de la armazón sobre una escalinata de piedra, retirándole á la enfermería con pocas esperanzas de que pudiera vivir, acercóse el dicho Sr. Claret á verlo, y dándole la bendición comenzó desde el momento á mejorar hasta su completa curación. Esto atestigua haber visto el P. Antonio Tensa. Se halla también consignado en el libro diario del Ministro con fecha 7 de Abril (2).„

(1) Apuntes del Sr. Claret.

(2) Carta de los Padres Gallo, Royo y Santos, del 27 de Noviembre de 1880.

En otra carta que el P. Legarra, también jesuita, escribió al Rdo. P. Vallier, de nuestra Congregación, se refieren dos hechos notables. "En el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret, — dice, — al pasar por la Habana, observé, entre otras cosas, que Dios nuestro Señor le había dotado con un gran don de poder aquietar las conciencias agitadísimas y sumamente escrupulosas, porque habiéndome pedido licencia para confesarse con dicho señor un caballero anciano, á quien no habíamos podido tranquilizar durante muchos años varios confesores, con pocos minutos que le tuvo á sus pies le envió tan contento y sosegado, que en los varios meses que seguí dirigiéndole no me parecía el mismo; tanta era la calma que le comunicó... No menos sencillo en su trato que recto y circunspecto en todo su porte, robaba el corazón á cuantos se le acercaban con buena fe y sin preocupaciones, y era tal el dominio de que disfrutaba sobre los movimientos de su alma, que no puedo dejar de referir lo que le pasó cierto día en nuestro Colegio ya citado de Belén á su paso para Cádiz. Había por aquel tiempo varios presidarios ocupados en el trabajo de las paredes del comedor de los niños, y entre ellos el asesino que había herido á S. E. en Hologuín durante la visita pastoral; al dirigir á todos palabras de aliento, estuvo tan lejos de inmutarse con la presencia del malhechor, que se hallaba harto cercano al Sr. Arzobispo, que no fué el que menos pudo aprovecharse (1)."

El buen olor de Cristo que dejó el Siervo de Dios en el Colegio de los Padres jesuitas hizo honda impresión en todos los ánimos, y todavía hoy se recrean con el recuerdo de los maravillosos ejemplos que les dió. Como prueba de ello basta anotar el afán con que todos los dichos Padres y muchas otras personas de la Habana trajeron millares de estampas para que el Siervo de Dios pusiera en ella su firma y rúbrica, como lo hizo, lo cual hacían aquellos benditos Padres con el intento de guardarlas como reliquias. El Viernes Santo, en acabando de comer con los Padres de la Compañía, besó los pies á todos los de la Comunidad, actó que enterneció sobremanera, estremeciéndose muchos al ver tanta humildad en un Prelado (2).

(1) Carta del P. Legarra, de la Compañía de Jesús, al Rdo. P. Vallier, de nuestra Congregación, 16 de Diciembre de 1830.

(2) Apuntes del muy ilustre D. Felipe Rovira, del 14 de Febrero de 1830.

Otro día que fué á visitar á los Padres de la Compañía, llegada la hora de comer, pidió humildemente al P. Rector permiso para servir á sus religiosos en la mesa; y como el Padre Rector, admirado de tal demanda, no accediese, volvió á pedirselo de rodillas y por amor de Dios cuando ya la Comunidad había entrado en el refectorio. A esta nueva petición el Padre Rector no pudo negarse, y el santo Prelado, con edificación de todos, sirvió á la mesa como si fuera el último de los Hermanos coadjutores (1).

Si con estos y otros actos parecidos dejó sumamente edificados á los Padres de la Compañía y les robó el corazón, acaeció otro tanto con los habitantes de la populosa ciudad, como puede apreciarse por el apreciable documento que publicaron varios periódicos de aquel año en Cuba y en la Península, y por lo que un testigo de vista escribió en la *Revista Católica* correspondiente al mismo año. "En los pocos días, — dice éste último, — que estuvo en la Habana, puede decirse que la población entera no tuvo otro pensamiento ni más ocupación importante que correr en pos del buen Pastor. Hospedóse en el Palacio del señor Obispo, Excmo. Sr. Fleix: el domingo de Ramos celebró de pontifical; pasó la Semana Santa en el Colegio de los Padres Jesuitas; apenas quedó iglesia en que no predicara. En el último de los sermones, despidiéndose, dijo con efusión: "Adiós, hijos míos, hasta la gloria." El Sr. Obispo y clero estuvieron á despedirle hasta la embarcación." No pareciendo al pueblo de la Habana testimonio suficiente de amor el bajar á despedirle en apretado haz al puerto y los entusiastas vivas que allí le dieron; quiso manifestarle por escrito su amor y respeto para que sirviera al santo Prelado de perpetuo recuerdo. El documento que le entregaron, firmado por las personas principales de la ciudad, en nombre de las demás, decía así:

"Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba: El pueblo devoto de la Habana, por medio de los que suscriben, quiere dejar consignado del modo más solemne el profundo respeto y amor que V. E. I. le ha inspirado en el breve tiempo que ha tenido la dicha de poseerle. Sí, venerando Apóstol de Jesucristo; permitidnos que, postrados á vuestras plantas, os pidamos que

(1) Carta del P. Leandro González, del 5 de Abril de 1887.

élevéis vuestras preces tan aceptas al Señor por este pueblo piadoso, y especialmente por los que en su nombre os dirigen su humilde voz, para que sobre todos y cada uno de ellos descienda la bendición del cielo; ya que partís, tal vez para siempre, acoged con benevolencia, cual amante Padre, los votos de vuestros cariñosos hijos que se agrupan en torno vuestro, y con las lágrimas del más puro amor os entregan su corazón, rogando al cielo lleguéis felizmente á las playas de la patria y os colme de sus infinitas misericordias durante vuestra preciosa vida.—Habana y Abril 12 de 1857. „ Siguen las firmas, entre las cuales figuran la del Marqués de la Real Proclamación, la del Conde de Peñalver, la de la Condesa viuda de Villanueva, la de la Condesa de O'Reilly, la de la Marquesa de la Real Compañía, la del Regidor perpetuo del Ayuntamiento, la del Sr. Ramírez, de la Real Universidad literaria, y otras muchas que sería largo enumerar. Pruebas de tan acendrado cariño y respeto sólo las dan los pueblos á los Santos, y ésta era en verdad la corriente mágica que conmovió en tan pocos días las fibras del amor y del entusiasmo del pueblo de la Habana en favor del P. Claret.

3. Embarcado el día 12 de Abril en el vapor de guerra *Pizarro*, salió para España ignorando la suerte que en ella le cabría, pero descansando tranquilo en la amorosa providencia del Señor. En Cayo Sal fué necesario detenerse porque el buque hacía mucha agua y no acertaban los marineros á ver el punto por donde se introducía. Al cabo de dos días, pasados en angustiosa zozobra, el Sr. Arzobispo les mostró un grifo roto ó descompuesto, que era por donde el líquido entraba. Pero Dios nuestro Señor, que parece intentaba probar la paciencia de los pasajeros, permitió que apenas tapado el grifo de la máquina varase el barco de modo tan espantoso, que todos creyeron que con la fuerza de la máquina se abría. Después de una hora de trabajar con increíbles esfuerzos y de echar al agua la mitad del carbón, el buque salió del apuro como por milagro. El 25 llegaron á las islas Bermudas, en donde se proveyeron los marineros de carbón y desde donde el P. Claret escribió una carta á su Provisor D. Dionisio, dándole cuenta de lo que llevaban de navegación. Tocaron en las islas Terceras, pertenecientes á Portugal; pero un desgraciado accidente los afligió en este punto, pues respondiendo al sa-

ludo que hizo al buque la ciudad de Fayal, murieron dos artilleros. Para hacerles las exequias saltaron á tierra, en donde fueron muy bien tratados por los portugueses. En el breve tiempo que el *Pizarro* estuvo detenido en el puerto de Horta, el Ayuntamiento de esta población dirigió al Sr. Arzobispo una entusiasta comunicación en portugués, pues tenía noticia de las virtudes apostólicas y de la santidad del Prelado, y como estaban en él muy vivos los sentimientos de fe, quiso manifestar sus simpatías por un tan esclarecido Pastor de la Iglesia, viva encarnación de todas las virtudes cristianas. “El Municipio de *Concelho de Horta*,—decía la comunicación, cuyo original tengo á la vista,—poseído del mayor júbilo y de la más viva satisfacción al ver entre ellos á un Príncipe de la Iglesia católica, apostólica, romana, cuya santa religión tiene igualmente á gloria el profesar; á un Príncipe como V. E., adornado de todas las virtudes evangélicas, en su nombre y en el de los pueblos que representa, no sólo deposita en las sagradas manos de V. E. I. los sinceros homenajes de su profunda veneración y elevado acatamiento, sino que también agradece á V. E. I. la señalada honra que se dignó hacer á esta ciudad visitándola toda con sus augustos y santos templos.—Este Municipio, Excmo. Sr., considerando como un feliz auspicio la honrosa visita de S. E. I., confía sobremedera que por medio de las oraciones y plegarias de V. E. en favor de estos pueblos, la divina Providencia se dignará mirarla con ojos de misericordia, apartando de sus cabezas los males y azotes con que suele á veces castigar nuestras iniquidades. Dignese, pues, V. E. aceptar esta pequeña pero sincera muestra del cordial reconocimiento y de la respetuosa dedicación que este Municipio consagra á la sagrada persona de S. E. I., y echar su santa bendición á los miembros de este Consejo y á todos los que representan.—*Horta em Jereação*, 11 de Mayo de 1857.—El Presidente del Ayuntamiento, *Manuel Severino d'Avella*. „ Siguen las firmas de los demás Concejales.

Estas pruebas extraordinarias de afecto que daban al Siervo de Dios los pueblos de las costas en donde tocaban, convirtieron su navegación en casi un continuado triunfo, que fué todavía más completo cuando el 18 de Mayo entró el vapor en el puerto de Cádiz. Como en esta ciudad era ya conocido por los días que en ella se detuvo cuando iba á Cuba,

ahora á la vuelta fué el recibimiento muy cariñoso, y más de parte del Prelado de la misma, el elocuente orador Juan José Arbolí. Apreciaba mucho este Sr. Obispo al Siervo de Dios, y le obligó á estarse dos días en su Palacio episcopal para descansar de las fatigas de tan largo y penoso viaje. Durante este tiempo acertó á verle unos *Apuntes*, que para su uso particular había el P. Claret escrito, y que no eran otra cosa que una explicación del plan sinóptico sobre los deberes del Obispo, de que se habló en otra parte. Al Sr. Arbolí le vinieron ganas de leerlos detenidamente, pues como obra de tan santo Varón juzgaba que no dejarían de ser muy provechosos. Pidióle, al efecto, que se los dejase, y el Siervo de Dios, por no faltar á los deberes de tan franca hospitalidad, accedió á la petición á pesar de lo que repugnaba á su humildad. El 20 del mismo mes se dirigió el P. Claret á Sevilla con los dos únicos familiares que se había traído de Cuba, D. Felipe Rovira, que le hacía de Secretario, y el paje D. Ignacio Betriu, dejando los *Apuntes* en poder de su amigo el Obispo de Cádiz. Después que éste los hubo leído á su satisfacción, escribió al P. Claret con fecha 8 de Junio siguiente: "He leído y releído y vuelto á leer los preciosos *Apuntes* de Ud. Cuanto más los examino, más me gustan y mayor me parece su importancia. No hay que tocarlos; esto sería una profanación, no siendo Ud. mismo, que así estuvo inspirado de Dios al trazarlos. Es la doctrina que todos debemos seguir y todos debemos esforzarnos en reducir á la práctica. Tiene Ud. razón en llamarlos *plan para restaurar la hermosura de la Iglesia*. Si se ejecutase, ¡cuánto brillaría en nuestra pobre España la belleza de la Esposa de Jesucristo, y con cuánto provecho de las almas y medros de la sociedad que se desmorona! ¡Oh, si el Señor nos concediese ver ejecutado el diseño que Ud. traza!,"

A esta fecha ya se hallaba el Siervo de Dios en Madrid, adonde había llegado el día 26 de Mayo por la mañana, sin saber aún lo que querían hacer de él. Lo que luego pasó forma ya parte del tercer período de su vida, que vamos á empezar.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	<i>Págs.</i>
INFORME DEL CENSOR.....	v
APROBACIÓN DEL ORDINARIO.....	vii
PRÓLOGO.....	1

PARTE PRIMERA

(1807-1849)

Su vida de Misionero: desde que nació hasta que fué nombrado Arzobispo.

CAPÍTULO PRIMERO

NACIMIENTO É INFANCIA DEL SEÑOR CLARET (1807-1820)

1. Nacimiento, patria y padres del Sr. Claret. — 2. Su bautismo. Sus primeras ideas y ejemplos. — 3. Su confirmación. Vida angelical con que se preparó para la primera comunión, y fervor con que la hizo. — 4. Buenas obras que le dispusieron á ser llamado al sacerdocio. — 5. Su devoción á la Virgen Santísima. — 6. Primeras pruebas de su virtud. 9

CAPÍTULO II

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DEL SEÑOR CLARET (1820-1829)

1. Interrumpe los estudios. — 2. Claret modelo de obreros. — 3. Trasládase á Barcelona. — Porvenir lisonjero que allí se le ofrece. — 4. Su tibieza y buena conducta que observó aún en ella. — 5. Mudanza de vida, y causas que á ella contribuyeron. — La Virgen Santísima le libra de las olas. — Prueba de su pureza. — Le estafa un compañero. — Comprende la vanidad de los bienes terrenos. — 6. Anuda en Barcelona los estudios. — 7. Intenta entrar en la Cartuja..... 27